

Ricardo Horacio Etchegoyen (1919-2016) Adiós al amigo...

Amigo y maestro... es difícil decidir en qué orden. Comenzamos con una relación muy cordial entre un reconocido maestro y uno de sus discípulos. En 30 años de ininterrumpidos encuentros, los términos se fueron mezclando en forma creciente haciéndose con el tiempo indistinguibles. No fui el único beneficiado de su valiosa y cálida amistad. Muchos, acá en Buenos Aires y en gran parte del mundo, lo lloran y sienten honda pena y dolor por su muerte. A mí, y a aquellos que estamos acostumbrados a la intimidad de su living, se nos termina una experiencia única y privilegiada que deseábamos inacabable. Así de inacabable como cuando, casi en forma inadvertida, ignoramos nuestra propia finitud biológica. En ese living de la calle Posadas -con la mesita rebosante de libros y revistas, la moderna cafetera, las coloridas cápsulas de café, y los cigarrillos que Horacio saboreaba casi como un niño con el caramelo reticentemente administrado por los padres- tuve la experiencia única y privilegiada de ser interlocutor habitual de los pensamientos, el humor y la sabiduría de uno de los psicoanalistas vivientes más reconocidos en el mundo del último medio siglo.

Seguramente muchos colegas y amigos hagan merecida justicia a su brillante trayectoria como profesor, prolífico autor de innumerables artículos y libros de acuciante vigencia, y, en forma superlativa, a su figura siempre central en las lides institucionales y políticas del psicoanálisis. Yo, sin embargo, regreso a su living, al sabroso café y a su cigarrillo, ámbito íntimo donde se desarrollaban nuestras charlas, circulaban el buen humor, la informalidad y nuestras discusiones -siempre respetuosas- sobre psicoanalistas, el psicoanálisis y la política. Recordar a Enrique Pichon Rivière, a David Liberman, a Heinrich Racker, entre muchos otros, era algo que nos ligaba en una pertenencia afectiva común entrañablemente mágica. En esas charlas, pude apreciar a un hombre bien plantado en su origen argentino y orgullosamente platense que se había proyectado y consubstanciado en el pensamiento y en todas las problemáticas humanas. Su deleite por el tango, tanto como disfrute estético y como objeto de indagación psicológica, no se contradecía con su interés y curiosidad por los trascendentes eventos universales. Los invisibles dinamismos del funcionamiento humano, tanto a nivel individual como social, no le eran indiferentes. Mitigar el sufrimiento de cada persona por una parte, y buscar o, más bien, soñar con hipotéticos sistemas de convivencia más justos, por la otra, eran las guías que convocaban y direccionaban nuestras lúdicas e ilusorias charlas. Hablábamos tanto de psiquiatría y psicoanálisis como de antropología y de sociología. En los dos primeros tópicos circulaba en la atmósfera la impar erudición de Horacio y, en los segundos, solo el entusiasmo voluntarioso de dos legos bien intencionados.

En los últimos años su preocupación mayor, casi excluyente, era el destino político y social del país; y así la política se constituía en el tema que más visceralmente lo convocaba. Enraizado en las

tradiciones democráticas del Partido Radical, su adhesión a las formas republicanas lo embanderaban fuertemente con esos valores.

Ese arraigado espíritu innovador y democrático pudo concretarse al acceder a la Presidencia de la Asociación Psicoanalítica Internacional (1993/1997). En esa época no tan distante, era ya una verdadera proeza la sola presencia de un psicoanalista latinoamericano en la cúspide de un ámbito tan solemne, circunspecto y elitista. Horacio, sin dudarlo, emprendió audaces reformas como el levantamiento del secreto de las deliberaciones y la creación del Comité de Representantes. Reformas de una dimensión inédita que permitieron la circulación irrestricta de la información, y la presencia y representatividad de la mayor diversidad de estamentos y voces del heterogéneo mundo psicoanalítico. Reformas que siguen de alguna manera vigentes y asimiladas como naturales en los mandatos posteriores.

Afortunadamente, la finitud biológica fue generosa con Horacio, quien llegó a los 97 años con la mente lúcida, vital, y creativa. Hoy contamos con la vasta obra y ejemplaridad de Horacio que ya es patrimonio inalienable de todo el mundo psicoanalítico. Haber contado además con su invalorable amistad, me llena de gratitud. Adiós al amigo.

Samuel Arbiser, médico psicoanalista, miembro de la Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires (Apdeba), profesor Titular del IUSAM y autor de *El Grupo Interno. Psiquis y Cultura*.